

Universo cultural centroamericano en la segunda mitad del siglo XX

FRANCISCO LIZCANO FERNÁNDEZ*

Cultural Universe of Central America in the Second Half of the 20th Century

Abstract. The purpose of the present text is to provide a classification of the ethnic-cultural groups of Central America, which includes Indians, Mestizos, Criollos, Mulattos, Creoles and Garifunas in two cultural universes: Hispanic and English of mixed blood, who almost exclusively inhabit the Central American Caribbean coast. It also analyzes the demographic significance of these groups at the present time, on the regional level as well as on the national, and their quantitative evolution during the second half of the 20th Century. The text closes with a discussion of the participation of the ethnic-cultural groups in the historical process in each of the seven nations which make up the region: Guatemala, Belize, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, and Panama.

América Central destaca en el ámbito iberoamericano por su diversidad cultural. Aquí se ofrece una clasificación de sus grupos étnico-culturales, la cual engloba a los indígenas, mestizos, criollos, mulatos, *creoles* y garífunas en dos conjuntos culturales principales: el hispanomestizo y el anglomestizo, cuyo hábitat se ciñe casi exclusivamente a la fachada caribeña de Centroamérica. Posteriormente, se analiza la significación demográfica de estos grupos en la actualidad, tanto a nivel regional como nacional, y su evolución cuantitativa durante la segunda mitad del siglo XX, para concluir con el examen de los componentes étnico-culturales de cada una de las siete naciones que integran la región: Guatemala, Belice, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá.

I. Clasificación y distribución

El universo étnico-cultural de América Central puede dividirse actualmente en seis grupos. De acuerdo con las denominaciones que con mayor frecuencia han servido para su identificación, dichos grupos serán denominados en el presente texto con los siguientes nombres: “indígena” o “indio”, integrado por los descendientes más directos de los habitantes originales de la región; “criollo”, conformado por los herederos más evidentes de los españoles; “mestizo”, con raíces indias y criollas; “mulato”, integrado por los descendientes de españoles y africanos al margen de la coloración más o menos oscura de su piel; *creole*, con ascendientes anglosajones y africanos; y “garífuna” o “caribe negro”, que une los rasgos africanos con los de los indígenas de las Pequeñas Antillas.¹ Ninguno de estos grupos es uniforme, pero de todos ellos el más heterogéneo, tanto que incluso cabría desconfiar de la pertinencia de considerarlo como un solo grupo, es sin duda el indio. Muchos criterios podrían utilizarse para su división: las profundas diferencias derivadas de sus respectivas tradiciones ancestrales, el grado actual de su integración nacional a nivel económico y político, su importancia demográfica, etcétera. Sin embargo, se decidió dividirlo entre hispanizados,



* Profesor-investigador de la Facultad de Humanidades, UAEM.

1. Con respecto al término “mestizo” quizás sea conveniente recordar que sus integrantes no se caracterizan por ser, en el sentido etimológico del vocablo, más o menos “mestizos” que los otros grupos mencionados. En realidad, desde hace muchos siglos todos los grupos étnico-culturales del mundo son híbridos. La utilización del sustantivo “mestizo” para referirse a un grupo étnico-cultural concreto tiene como única razón el hecho de que no se haya encontrado ninguno más oportuno que éste, ya consagrado por la tradición escrita y oral.

“anglizados” y “autónomos”, de acuerdo con la intensidad y el contenido de las influencias europeas recibidas. Los indígenas “autónomos”, con organizaciones sociales de tipo tribal y economías autosuficientes en lo fundamental, son aquellos en los que predomina lo prehispánico sobre lo europeo.

Este multifacético mosaico podría dividirse en dos grandes conjuntos vinculados con áreas culturales, cuyos territorios exceden ampliamente los límites istmeños: el hispanomestizo, que forma parte de la unidad histórico-cultural iberoamericana, y el angloestizo, integrante del Caribe anglófono. El primero integra a mestizos, mulatos, criollos e indios hispanizados; el segundo, a *creoles* e indios “anglizados”. Los dos únicos grupos que podrían quedar al margen de estos conjuntos, son el de los garífunas y el de los indios “autónomos”, pero las influencias “hispanicas” o “inglesas” son cada vez más patentes en ambos. Veamos cuáles son las importancias de tales grupos y conjuntos culturales, tanto a nivel regional como nacional.

A nivel regional, el grupo más numeroso es el de los mestizos, que conforma algo más del 60% de la población total. En El Salvador, Honduras y Nicaragua constituyen aproximadamente 90%, algo más de 40% en Guatemala y cerca de 30% en Panamá y Belice. El segundo grupo más numeroso es el de los indígenas, que comprende casi 20% de la población regional. El 85% de ellos vive en Guatemala, donde constituyen algo más de la mitad de la población nacional. En Belice y Panamá suman entre 7% y 10%; en El Salvador, Honduras y Nicaragua, entre 3% y 5%; y en Costa Rica, menos de 1%. La inmensa mayoría de los indígenas ha sido hispanizada en mayor o menor medida. Los ejemplos más claros de indios “anglizados” se encuentran entre los miskitos y ramas, pero también se puede percibir influencia inglesa entre los mayas beliceños, los talamancas costarricenses y los guaymies panameños. Es difícil determinar quiénes deberían integrar el grupo de indios “autónomos”, pero probablemente podría considerarse como tales a gran parte de las comunidades sumus, miskitas —ambas situadas tanto en Nicaragua como en Honduras—, talamancas en sus versiones bribri y cabécar —en Costa Rica—, así como a la mayoría de los indios panameños. Los criollos constituyen aproximadamente 12% de la población regional. El 73% de ellos se localiza en Costa Rica, donde superan 85% de la población nacional. En Panamá representan un porcentaje similar al regional, en Nicaragua y Guatemala alrededor de 5%, y 1% aproximadamente en El Salvador y Honduras.

Los grupos mulato, *creole* y garífuna comparten raíces africanas sudsharianas, pero los rasgos ne-

groides se hacen en general más patentes en los dos últimos que en el primero, donde el mestizaje fue mayor. Algo menos de 5% de los centroamericanos son mulatos, pero se concentran en Panamá, donde conforman 40% de la población. Los *creoles* se extienden a lo largo de toda la fachada caribeña de Centroamérica, desde Panamá hasta Belice. A nivel regional apenas suman 1.5% de la población. En términos relativos, los *creoles* sólo alcanzan un porcentaje significativo en uno de los países de la región, Belice, en donde constituyen 40% de la población; en Panamá suman poco más de 5%; en Costa Rica y Nicaragua, aproximadamente 2%; en Honduras y Guatemala su proporción es todavía menor. Sin embargo, en términos absolutos, el contingente de *creoles* en Panamá duplica al de los *creoles* beliceños, cuyo número es similar al existente tanto en Costa Rica como en Nicaragua. Los caribes negros, que aprendieron su lengua en las Pequeñas Antillas, apenas conforman 0.5% de la población centroamericana. La mayoría vive en Honduras, donde ni siquiera abarcan 2% de la población, pero en términos relativos son más importantes en Belice, al constituir 8% de su gente. También existen garífunas en Guatemala y Nicaragua. Como los *creoles*, los caribes negros habitan casi exclusivamente en la vertiente atlántica de América Central (Lizcano, en preparación).

A partir de los datos señalados en relación con los grupos étnico-culturales, se deduce que la inmensa mayoría de la población regional pertenece al conjunto cultural hispanomestizo, pues éste incluye a más del 95% de los centroamericanos. En concreto, los angloestizos no alcanzan a integrar al 2% de los habitantes de la región. Sin embargo, este escuálido porcentaje regional oculta diferencias notables a nivel nacional y en relación con las zonas geográficas que conforman el Istmo. Belice es el único de los países centroamericanos donde el porcentaje de angloestizos es elevado, pues en Nicaragua y Panamá ronda los cinco puntos, en Costa Rica los dos, en Guatemala y Honduras su proporción es insignificante y en El Salvador inexistente. Sin embargo, la presencia angloestiza a lo largo de la costa caribeña es suficiente para otorgarle una clara especificidad cultural en relación con las otras zonas geográficas de Centroamérica.

Desde que Max Sorre lo pusiera de manifiesto en el tomo dedicado a México y Centroamérica de la *Geographie Universelle*, publicado en París en 1928, es frecuente dividir al Istmo en dos vertientes, la atlántica y la pacífica; ambas confluyen en las cordilleras que a modo de espina dorsal recorren casi todo el puente centroamericano. En cuanto al medio natural, las grandes diferencias entre una y otra ver-

tiente se hacen patentes al comparar sus características respectivas, tanto a nivel climático y edafológico como con respecto al relieve, la flora y la fauna. Pero no son menos significativas las disparidades si el interés se desplaza del ámbito de la naturaleza al humano (Hall, 1985).

En este ámbito, las diferencias se manifiestan también en muchos niveles, como pone de relieve el hecho de que la mayor parte de la población y de la actividad económica se concentren en la fachada del Pacífico. Pero una de las características más evidentes es la relacionada con las presencias negra y angloestiza, principales responsables de la distinta configuración étnico-cultural en las vertientes atlántica y pacífica, respectivamente. La estrecha relación entre los fenómenos angloestizo y negro en América Central se hace patente al observar que la mayor parte de los angloestizos son negros *creoles*, aunque se debe recordar que el conjunto angloestizo incluye también a ciertos grupos indígenas y que la mayoría de la población istmeña con rasgos africanos es mulata y, por tanto, hispanomestiza. En la vertiente del Pacífico, que a nivel sociocultural incluye el área montañosa interior, la presencia negra se circunscribe a ciertos grupos de mulatos en Costa Rica y Panamá, así como a otros, todavía más insignificantes a nivel demográfico, de *creoles*, como el que reside en el puerto panameño de Armuelles. Por tanto, salvo en su tramo panameño, la población de tal zona está casi exclusivamente integrada por los grupos hispanomestizos sin clara influencia africana: mestizo, indio y criollo.

Por el contrario, la población negra y angloestiza, a pesar de su escasa significación a nivel regional, cobra una importancia notable en la región atlántica, al concentrar de manera casi exclusiva, y en una zona de escasa densidad demográfica, a los *creoles*, garífunas e indígenas "anglizados" que habitan en Centroamérica. En este contexto de fuerte contraste entre las dos vertientes oceánicas, no deja de resultar interesante que la zona geográfica donde los océanos se encuentran más próximos, la del Canal de Panamá, sea un lugar de confluencia entre características socioculturales que permanecen distantes en el resto del Istmo. En efecto: la zona del Canal resulta similar a otras de la vertiente del Pacífico por su importancia económica y su elevada densidad demográfica, pero la presencia *creole* la reclama como parte de la vertiente opuesta (Barre, 1989: 121; Mayer y Masferrer, 1979: 262-266).

A pesar de los profundos cambios socioeconómicos ocurridos en Centroamérica a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, la estructura demográfica de su universo cultural parece haberse mantenido sin

grandes alteraciones durante tal periodo. Aunque las estimaciones al respecto son en ocasiones fragmentarias y con frecuencia sujetas a polémica, se puede constatar que, en general, todos los grupos étnico-culturales vieron incrementar sus contingentes de manera significativa; lo cual ha determinado que los porcentajes respectivos se mantuvieran similares a lo largo de este periodo.

Si se comparan las cifras relativas a la composición étnico-cultural de la región entre 1950 y 1990, se percibe que la mencionada estructura permaneció sin sufrir grandes alteraciones. En Guatemala, los indígenas conformaban al comienzo del periodo algo más de la mitad de la población, proporción que, según el censo de 1981, habría disminuido a poco más del 40%. Pero según estimaciones antropológicas, este último dato no sería exacto, pues la población indígena de Guatemala seguiría superando el 50% al final del periodo (Lizcano, 1993 y Nuhn, 1975). El resto de la población total estaría conformada, sobre todo, por mestizos. La población *creole* de Belice, sin duda, habría permanecido como mayoritaria durante estos cuarenta años, aunque el conjunto indígena de este país habría tenido un cierto deterioro en términos relativos.

Al final del periodo 1950-1990, el predominio total de los mestizos en El Salvador es indiscutible, pues superaría con creces el 90% de la población. Con respecto a 1950, Angel Rosenblat (1954) afirma que la población indígena alcanzaba 20% en ese país. Sin embargo, ese dato no parece fidedigno —al margen de que las estimaciones sobre la cuantía de los grupos étnico-culturales en países de intenso mestizaje siempre resultan discutibles—, pues todos los cálculos realizados con respecto a fechas posteriores —el primero de ellos para los comienzos de la década de 1960— sitúan esa proporción por debajo del 5% (Barre, 1989: 121 y Esteva-Fábregat, 1964: 336). Si se admite como cierto que en los sesenta la población indígena salvadoreña no era mayor al 5%, como parece indiscutible para los principales especialistas en la materia, el porcentaje señalado para 1950 podría tener dos interpretaciones. La primera consistiría en sostener que tal porcentaje es correcto. Pero esta interpretación no parece tener un fundamento histórico claro, pues supondría que los enormes trastornos étnico-culturales producidos durante el siglo pasado por las reformas liberales en El Salvador, donde la desamortización de las tierras comunales se llevó a cabo de manera todavía más implacable que en el resto de los países de la región, así como la cruenta represión del levantamiento de 1932, se habrían traducido en un deterioro de la importancia relativa de la población indígena (del 43%

al 20%) una reducción similar a la que debió darse entre 1950 y 1962 (del 20% al 4%), aunque en esos doce años no se registró ningún fenómeno histórico que explicara tal dinámica. La segunda interpretación resulta, por tanto, más verosímil: el gran descenso de la población indígena en El Salvador se habría producido antes de 1950, fecha en la que su porcentaje sería en realidad muy inferior al 20%, de manera que desde esta fecha habría permanecido más o menos estable hasta el presente.

En Honduras, Nicaragua y Costa Rica, según todas las fuentes manejadas, la permanencia de su estructura étnico-cultural habría permanecido durante todo el periodo (1950-1990) sin alteraciones notables, pues al principio del mismo la población mestiza y criolla representaba más del 85% en todos los casos, distribuyéndose el escaso porcentaje restante entre los otros grupos étnico-culturales. En Panamá, la única variación de cierta relevancia consistió en la disminución del grupo *creole*, debido a la salida del país de una parte de sus efectivos.

II. El factor étnico-cultural en el contexto nacional

Como se señalaba, la población indígena tiene una gran importancia en Guatemala. No hay que olvidar, sin embargo, que además de los indios, mestizos y criollos, ese país también alberga algunas centenas de *creoles* y garifunas. De los dieciocho grupos indígenas radicados en este país, todos, menos uno —el xinca, de ascendencia Macro-Chibcha— hablan lenguas mayas. Algunas de ellas sirven de expresión a pocos miles de personas, pero otras son practicadas por varios centenares de miles. El quiché es hablado por casi un millón de mayas, mientras que el cakchiquel, mam, kekchí y kanjobal, por más de cien mil. Los hablantes de tzutujil, ixil, chortí, pocomchí, jacalteca y pocoman no alcanzan esta cifra pero sí rebasan los treinta mil. La población indígena guatemalteca es la más numerosa en la mayoría de los departamentos del país; y en los de El Quiché, Alta Verapaz, Totonicapán, Sololá y Chimaltenango suman más del 75% de la población total. Dicha población, a pesar de haber experimentado en las últimas décadas notables cambios económicos, sociales y políticos, en general ha mantenido, e incluso revitalizado, sus tradiciones culturales ancestrales (Barillas *et al.*, 1989: 114-115; Mayer y Masferrer, 1979: 262-266).

Este segmento de la población guatemalteca no se ha marginado de las corrientes migratorias que han aumentado el porcentaje de la población urbana nacional: se estima que alrededor de la quinta parte de este sector es indígena. Sin embargo, en su mayor parte (alrededor del 80%) sigue habitando en ámbi-

tos rurales. También se incorporó de manera notable, dentro de sus grandes limitaciones económicas, a la modernización vivida por la agricultura guatemalteca desde 1950, al familiarizarse con el uso de insecticidas y fertilizantes. Su participación política tampoco ha sido desdeñable. Los indígenas constituyen porciones importantes dentro de las bases sociales de la democracia cristiana y del movimiento guerrillero. Durante los años ochenta, han padecido la represión más dura que en las últimas décadas haya soportado ningún grupo indígena en Iberoamérica. A la tortura y los asesinatos masivos se ha sumado la construcción de pueblos especiales, sobre los que los militares han pretendido imponer un constante y férreo control.

A pesar de su escaso tamaño y mínima población, que no alcanza actualmente los 200,000 habitantes, Belice constituye un verdadero mosaico étnico-cultural. La lengua oficial, el inglés, es hablada por 60% de la población, sobre todo en una de sus variantes *creoles*, pero también se habla castellano (22%), maya (10%) y caribe (8%). Los mayas están divididos en tres grupos —yucateco, kekchí y mopan— y en su mayoría habitan áreas rurales. Además de tales grupos indígenas, de los *creoles*, que representan la mayoría de la población, de los mestizos y mulatos, habitan en Belice grupos de garifunas, asiáticos y "blancos", entre éstos, algunos miles de menonitas, descendientes de alemanes (Davidson, 1987: 10 y Rosenblat, 1954: 150-151).

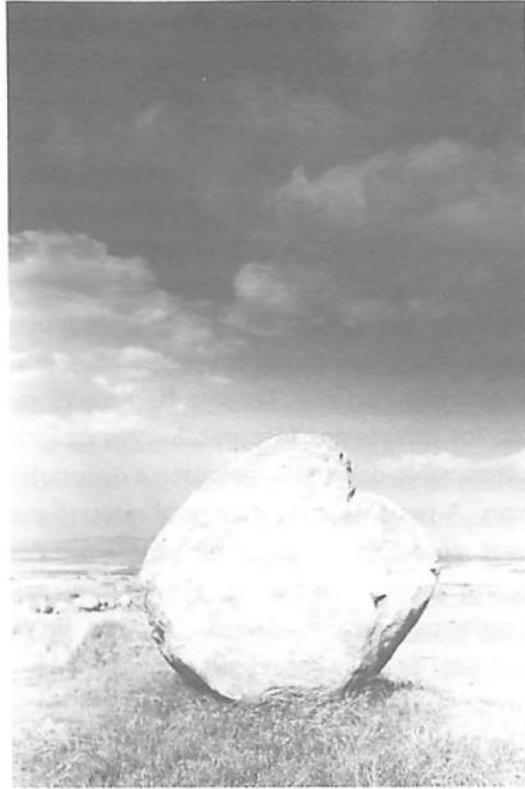
El único grupo no mestizo mínimamente significativo de El Salvador es el indígena, integrado por algunas decenas de miles de personas. La mayoría son pipiles, descendientes del grupo indígena más numeroso de este territorio en el momento de su conquista por españoles; aunque algunos autores señalan también la existencia de pequeños grupos de lengua maya, como los quichés y kakchiqueles, distribuidos en diversos departamentos. La polémica ya comentada acerca de la importancia numérica de los indígenas en El Salvador, es reflejo de las especiales circunstancias que rodean a esta parte de la población salvadoreña. Desde la Independencia, ser indígena en El Salvador ha sido sinónimo de rebeldía. Los levantamientos armados populares de 1833 y 1932, en los que hubo una activa participación indígena, fueron los principales motivos de tal identificación. Las sangrientas represiones con las que fueron sofocados se tradujeron en el abandono o la práctica clandestina de sus costumbres y manifestaciones culturales, las cuales fueron reprimidas sistemáticamente.

En la década de los setenta, algunos indígenas creyeron llegado el momento de defender públicamente su identidad. Se creó así la Asociación Nacio-

nal Indígena Salvadoreña (ANIS), vinculada al Partido Demócrata Cristiano, cuyos objetivos eran la preservación de su lengua y cultura. Al final de esta década se consideraba que en las provincias occidentales de Sonsonate, Ahuachapán y La Libertad, una de cada diez familias tenía un miembro que hablaba pipil y que, bajo criterios no exclusivamente lingüísticos, un tercio de la población en los dos primeros departamentos era indígena. Aunque la ANIS y los indígenas en general han procurado mantenerse al margen del enfrentamiento militar que padeció El Salvador durante los años ochenta, en 1983 fueron asesinados 74 indígenas de una cooperativa afiliada a la ANIS, situada en la zona de Izalco; región donde la represión de 1932 exterminó a más de la cuarta parte de la población, mayoritariamente indígena. La defensa pública de los derechos culturales de los pipiles debió de ser abandonada y las actividades de la ANIS se hicieron clandestinas. Esta semblanza de la dramática historia vivida por los pipiles en El Salvador desde la Independencia hasta hoy pone de relieve las enormes dificultades que los indígenas de este país tendrán que sortear todavía para conseguir que sus derechos más elementales sean respetados, de lo cual depende incluso su supervivencia (Maxwell, 1988 y Montes, 1988).

Como se anotó, la costa caribeña de Honduras concentra a la mayoría de los garífunas centroamericanos, los cuales también se extienden por el litoral atlántico de Belice, Guatemala y Nicaragua. Es probable que la importancia que la pesca tiene en su dieta actual sea una costumbre adquirida en las Antillas Menores, donde se configuraron como grupo étnico-cultural específico. La agricultura sigue jugando entre ellos un papel modesto, pues tanto la pesca como la caza y la recolección constituyen aún hoy sus actividades económicas principales. Las otras microetnias hondureñas son de procedencia indígena, pero ninguna de ellas, considerada de manera aislada, alcanza la importancia numérica de los garífunas. Los dos mil chortics situados cerca de la frontera con Guatemala son los únicos sobrevivientes de la espléndida civilización maya en territorio hondureño. La mayoría de los jicaques, que habitan en el centro del país, han perdido su lengua, el único exponente vivo del polémico tronco lingüístico hokan en el Istmo.

Los otros cuatro grupos indígenas de Honduras con origen conocido —los ancestros de los indios de El Paraíso y de los de Santa Bárbara son desconocidos— estuvieron vinculados con el tronco lingüístico macro-chibcha. Los miskitos, sumus y payas conservan en parte sus lenguas y habitan las zonas selváticas del noreste del país. Esto les ha permitido man-



tenerse en ocasiones bastante al margen de la vida nacional. De los tres grupos mencionados, el más numeroso es el de los miskitos, que ascienden a unas 25,000 personas; la mitad aproximadamente de los integrantes de la etnia lenca, cuya lengua, ya casi olvidada, estaba también emparentada con el tronco macro-chibcha. Los indígenas, que en general soportan fuertes presiones sobre sus tierras, incluso en los casos en los que detentan la propiedad legal sobre ellas, tienen como actividad económica principal la agricultura orientada al autoconsumo, complementada en algunos casos con la caza, la pesca y la recolección. Sin embargo, el trabajo asalariado, así como la explotación comercial de resina y madera, son importantes fuentes de ingreso en algunas comunidades. A diferencia de los garífunas, que consiguieron consolidar una organización que representa los intereses globales de este grupo étnico-cultural, los indígenas hondureños —a pesar de que en ocasiones han mantenido una larga trayectoria comunal— sólo han constituido una organización, la cual no representa más que a una pequeña porción de ellos. Es el llamado Proyecto de Cooperación al Desarrollo de las Tribus Indígenas del Yoro, patrocinado por las propias tribus del Yoro, la Comunidad Económica Europea y el Gobierno Central (Cruz, 1984; Ghidinelli y Massajoli, 1984).

La importancia demográfica de los indios de la zona occidental de Nicaragua es mucho mayor de lo que comúnmente se afirma, pues existen en la actualidad importantes comunidades que justamente pueden ser calificadas de indígenas tanto en los departamentos de León, Masaya y Rivas como en los

de Boaco, Matagalpa, Jinotega y Madriz; si bien todas ellas perdieron hace más de un siglo sus respectivas lenguas ancestrales (Lizcano, 1988). Sin embargo, las microetnias de la zona oriental o Costa Atlántica del país cobran una significación especial, porque han conservado hasta la fecha características muy distintas a las de la mayoría hispanomestiza de la nación. Hasta 1950 estas etnias integraban la casi totalidad de la población en esta escasamente poblada parte de Nicaragua, que se extiende sobre la mitad del territorio nacional. Durante las décadas siguientes, los campesinos hispanohablantes emigrados de otras zonas del país comenzaron a disputarles sus tierras. A pesar de que las cifras al respecto son dispares y poco fidedignas, es probable que estos grupos, claramente minoritarios a nivel nacional, aún constituyan aproximadamente la mitad de la población total de dicha región nicaragüense.

Las diferencias entre tales microetnias, que reciben el nombre genérico de *costeños*, son muy marcadas, aun cuando la religión protestante, sobre todo en su versión morava, se generalizó entre ellos durante la segunda mitad del siglo XIX, y sus relaciones mutuas han sido con frecuencia conflictivas. En primer lugar, se puede distinguir dentro de esta población a tres grupos indígenas, todos ellos relacionados por medio de sus lenguas originales con el tronco macro-chibcha: miskitos, sumus y ramas. El más numeroso es el de los miskitos, debido a que durante el siglo XVIII y la primera parte del XIX se impusieron, a veces cruelmente, sobre los otros dos. Los miskitos habitan sobre todo en las riberas de los ríos que desembocan en el Caribe y en el litoral de este Mar. Su ocupación habitual es la agricultura y la pesca, aunque es frecuente que realicen trabajos como asalariados y comercialicen productos forestales. Los sumus, que se habían replegado hacia las zonas más impenetrables al interior de la Costa Atlántica bajo la presión miskita, fueron quienes padecieron en mayor medida la mencionada emigración de campesinos hispanohablantes, la cual les forzó a abandonar sus costumbres ancestrales—los sumus son los indígenas de Nicaragua que conservan sus tradiciones prehispánicas de una manera más nítida—o a emprender nuevas migraciones. Por su parte, los ramas, el grupo indígena menos cuantioso, radica en su mayoría en la isla de Rama Cay, en la laguna de Bluefields, donde hablan un dialecto del inglés y profesan la religión morava; aunque también conforman otras comunidades donde ciertos rasgos culturales prehispánicos son notables.

En segundo lugar, dos grupos de origen africano constituyen la otra porción significativa de los *costeños* nicaragüenses. El más numeroso es el de los

creoles, los cuales hablan un inglés distinto del hablado en Belice y Costa Rica. Los creoles nicaragüenses proceden de los esclavos que los ingleses llevaron a este territorio entre los siglos XVII y XVIII, pero consolidaron su presencia en la Costa con las emigraciones de jamaicanos ocurridas durante las últimas décadas del siglo pasado y las primeras del actual. Periodo en el que muchos *creoles* pasaron a constituirse en una especie de sector medio de la sociedad *costeña*, al ser contratados por las compañías trasnacionales para ocupar cargos relativamente bien pagados. El otro grupo de origen africano en Nicaragua es el de los garífunas, aunque en este país su importancia es muy reducida.

Durante el somocismo, los *costeños* fueron influidos por la cultura hispanomestiza nicaragüense. Algunas comunidades aprendieron el castellano como segunda lengua, aunque el *creole* y el miskito continuaron siendo las lenguas más habladas entre ellos, al tiempo que la Iglesia católica comenzaba lentamente a competir con la morava. Pero fue a partir de la revolución de 1979 cuando los *costeños*, y en particular los miskitos, cobraron una significación nacional al oponerse a las medidas autoritarias que el gobierno sandinista quiso imponerles. La rebelión fue respaldada por Washington, pues el gobierno estadounidense se encontraba entonces en abierta confrontación con la política revolucionaria de los sandinistas. El Frente Sandinista de Liberación Nacional rectificó su postura inicial por estas presiones y promulgó una Ley de Autonomía que asume la mayor parte de las reivindicaciones *costeñas*. Sin embargo, las elecciones de 1990 demostraron que la mayoría de los *costeños* sigue oponiéndose al sandinismo. Estos conflictos intensificaron los afanes organizativos entre los indígenas nicaragüenses, cuya primera expresión en este sentido había sido la creación de la Alianza para el Desarrollo Miskito y Sumu (ALPROMISU) en 1972 (Barre, 1989; CIDCA, 1982; CIERA, 1981; Holm, 1983 y Vilas, 1992).

Los *creoles* constituyen en Costa Rica la microetnia más cuantiosa del país, aunque ninguna fuente la sitúa por encima del 5% de la población total. Llegaron a Costa Rica procedentes sobre todo de Jamaica, para trabajar en las compañías trasnacionales que introdujeron en el país el cultivo del plátano a gran escala y construyeron la línea férrea de San José a Puerto Limón. En un principio fueron muy escasas las relaciones entre los hispanomestizos costarricenses y los antillanos recién llegados. Cada uno de estos grupos se sentía superior al otro. Los *creoles*, que hablaban inglés y profesaban religiones protestantes, basaban su sentimiento de superioridad en el hecho de considerarse parte integrante de la cultura ingle-

sa, hegemónica a nivel mundial por aquel entonces. La mayoría de ellos llegaron a Costa Rica con la intención de reunir unos ahorros que les permitieran regresar a su patria de origen en una mejor situación económica. Los hispanomestizos alentaban, por su parte, numerosos prejuicios hacia estos negros, a los cuales impidieron durante algunas décadas trasladarse a otras zonas de la república distintas al litoral caribeño. Esta animadversión mutua se mantiene parcialmente vigente en la actualidad.

Sin embargo, desde mediados del presente siglo comenzaron a derrumbarse algunas de las barreras que los separaban. En la década de los treinta una plaga obligó a las grandes plantaciones bananeras a trasladarse del Caribe al Pacífico, al tiempo que el gobierno costarricense impedía que los negros se reubicaran en esta zona. De esta manera, la lengua inglesa hablada por los *creoles*, cuyo dominio les había facilitado un cierto ascenso social, pues la economía de la zona donde residían estaba dirigida por norteamericanos angloparlantes, dejó de reportarles beneficios económicos y sociales. Además, el Partido de Liberación Nacional ha venido mostrando desde su fundación un claro interés por incorporar a este segmento de la población costarricense a la vida política nacional; interés que más tarde fue compartido por otros partidos políticos del país. Los cambios ocurridos desde entonces se manifiestan con claridad en el aspecto lingüístico. En 1930 casi ningún *creole* costarricense podía hablar fluidamente el castellano. En la actualidad casi todos son bilingües, e incluso los jóvenes hablan cada vez menos inglés (Holm, 1983; Meléndez y Duncan, 1985).

Los indígenas de Costa Rica sólo suman aproximadamente 20 mil personas, pero están divididos en ocho grupos diferentes. Los ancestros de todos ellos hablaban lenguas emparentadas con el tronco macro-chibcha, salvo los chorotegas, que perdieron su lengua hace varios siglos, y en la actualidad no suman sino algunos centenares de personas. Los descendientes de los grupos que hablaban lenguas pertenecientes a la familia rama son también muy escasos, pero mientras los guäetares han perdido su lengua por completo, la mayoría de los guatusos conserva la suya. La mayor parte de los indígenas costarricenses habitan el sureste del país y son además quienes en general conservan sus tradiciones prehispánicas en mayor medida, manteniendo en ocasiones contactos muy esporádicos con los criollos y mestizos. De estos indígenas, los guaymies son los únicos exponentes en Costa Rica de la familia lingüística del mismo nombre, la cual está mucho más ampliamente representada en Panamá. Pero la familia lingüística talamanca integra en Costa Rica cuatro lenguas

diferentes; dos de ellas casi en extinción, la boruca y la térraba; y otras dos, la bribri y la cabécar, ampliamente conservadas. La preocupación del Estado costarricense por la problemática indígena se ha orientado, por un lado, a delimitar las reservas con el objetivo de defender a los territorios indígenas de la penetración hispanomestiza, y por otro, a elaborar y ejecutar programas tendentes a la preservación de las tradiciones culturales autóctonas. Sin embargo, es frecuente que los criollos y mestizos hagan caso omiso de la prohibición de asentarse dentro de las reservas indígenas (Bozzoli, 1986).

Las reservas indígenas en Panamá, al contrario de lo que sucede en Costa Rica, sólo abarcan parte de los territorios ocupados por los aborígenes, quedando muchas de sus comunidades a merced de las otras etnias que los van relegando a las tierras menos accesibles y productivas. De las cuatro naciones indígenas existentes en Panamá, tres hablan lenguas relacionadas con el tronco macro-chibcha: la guaymí, la teribe y la kuna. Los guaymies, que suman casi 60 mil personas, se extienden por amplios territorios del oeste del país, donde conjugan actividades económicas de autosubsistencia con los trabajos asalariados peor remunerados en las compañías fruteras transnacionales. Las relaciones entre los trabajadores de diferentes grupos étnico-culturales en estas empresas se suelen caracterizar por agudos conflictos; los cuales, según algunos autores, serían potenciados por los propios directivos de las mismas. En este sentido, los indígenas suelen cargar con la peor parte al ser despreciados tanto por los ejecutivos norteamericanos como por los *creoles*, más habituados a trabajos de este tipo y conocedores del idioma inglés. Los teribe forman un reducido grupo fronterizo con Costa Rica. No sucede lo mismo con los kuna, que se extienden por una amplia zona del litoral caribeño de Panamá. Este grupo indígena es el que ha demostrado una mayor capacidad organizativa, por lo cual ha conseguido defender sus tierras y costumbres con cierto éxito. La cuarta nación indígena de Panamá, la chocó, se vincula con la familia caribe y se extiende por los selváticos y pantanosos terrenos del Darién (Guionneau-Sinclair, 1993 y Turpana, 1987). A pesar de que en las últimas décadas la cultura hispanomestiza panameña ha incrementado su influencia sobre la población *creole* de manera constante, varias decenas de miles de ciudadanos panameños de origen africano continúan teniendo el inglés como primera o segunda lengua. Este fenómeno es generalizado tanto en los alrededores del Canal de Panamá, cuya construcción fue uno de los principales motivos de su arribo al país, como en la zona de la costa caribeña que va desde el mencionado canal

hasta la frontera con Costa Rica, asiento de numerosas plantaciones bananeras.

Conclusiones

Tres cuestiones considero pertinente resaltar para concluir este texto. La primera se desprende de lo mencionado en las páginas anteriores: los derechos que los indígenas tienen como seres humanos son frecuentemente violados en el istmo centroamericano. Aunque las diferencias entre unas naciones y otras son notorias —su dramática situación en Guatemala y El Salvador no es equivalente a la que tienen en Costa Rica y Panamá, donde se han realizado considerables avances en este sentido—, es necesario en todos los casos un mayor empeño por parte de los Estados respectivos para que los derechos de los indígenas no sean conculcados de manera sistemática. La segunda se refiere a un fenómeno muy poco estudiado, pero de gran relevancia en el tema que nos ocupa: la aparición de nuevas subculturas al interior del grupo mestizo-criollo. A pesar de la fuerte uni-

dad que ha caracterizado a este grupo étnico-cultural a lo largo de los siglos, resulta evidente, aunque el tema haya sido casi olvidado por los científicos sociales, que siempre se expresó a través de variantes diferenciables tanto a nivel nacional como regional (Adams, 1957). Las profundas transformaciones sociales ocurridas desde 1950, que se produjeron dentro de un intenso proceso de urbanización, con la consiguiente aparición de nuevos grupos sociales y la rearticulación de los preexistentes, se han traducido con seguridad en el surgimiento de nuevas subculturas, cuyo estudio será de la mayor utilidad para la cabal comprensión del universo cultural en la región. La última cuestión se relaciona con el fenómeno religioso, uno de los principales aspectos de la cultura, y tiene dos vertientes: por un lado, la expansión generalizada de las iglesias protestantes, que en ocasiones han logrado convertir hasta 20% de la población de algunos países; por otro, el surgimiento y consolidación de movimientos católicos renovadores, que han transformado radicalmente la función social que el catolicismo venía desempeñando en esta región. ◆

BIBLIOGRAFÍA

- Adams, R. (1957). *Cultural Surveys of Panama-Nicaragua-Guatemala-El Salvador-Honduras*. Pan American Sanitary Bureau, Scientific Publication 33. Washington.
- Barillas, et al. (1989). "Formación nacional y realidad étnica en Guatemala", en *América Indígena*, XLIX, 1, enero-marzo. México.
- Barre, M. (1989). "La presencia indígena en los procesos sociopolíticos contemporáneos de Centroamérica", en *Cuadernos Americanos*, No. 18, noviembre-diciembre. México.
- Bozzoli, M. (1986). *El indígena costarricense y su ambiente natural*. Porvenir. San José.
- Centro de Investigaciones y Documentación de la Costa Atlántica (1982). *Demografía costeña: notas sobre la historia demográfica y población actual de los grupos étnicos de la Costa Atlántica nicaragüense*. CIDCA. Managua.
- Centro de Investigaciones y Estudios de la Reforma Agraria (1981). *La Mosquitia en la revolución*. CIERA. Managua.
- Cruz, L. (1984). "Los indios de Honduras y la situación de sus recursos naturales", en *América Indígena*, XLIV, 3, julio-septiembre. México.
- Davidson, W. (1987). "The amerindians of Belize, an overview", en *América Indígena*, XLVII, 1, enero-marzo. México.
- Esteva-Fábregat, C. (1964). "El mestizaje en Iberoamérica", en *Revista de Indias*, XXIV, 95-96, enero-junio. Madrid.
- Ghidinelli, A. y Massajoli, P. (1984). "Resumen etnográfico de los caribes negros (garifunas) de Honduras", en *América Indígena*, XLIV, 3, julio-septiembre. México.
- Guionneau-Sinclair, F. (1993). "Los pueblos autóctonos y el Estado panameño", en *Revista Cultural Lotería*, LII, 396, julio-agosto. Panamá.
- Hall, C. (1985). "América Central como región geográfica", en *Anuario de estudios centroamericanos*, XI, 2. San José de Costa Rica.
- Holm, J. (ed.) (1983). *Central America English*. Julius Groos Verlag Heidelberg.
- Lizcano, F.
- _____. (1988). "Breve historia de las comunidades indígenas ubicadas en la zona occidental de Nicaragua", en *Nuestra América*, No. 22. UNAM/CCYDEL, enero-abril. México.
- _____. (1993). "La población negra en el Istmo centroamericano", Martínez, L. (Coord.), *Presencia africana en Centroamérica*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. México.
- _____. *Universo cultural de América Central en la segunda mitad del siglo XX*. (en preparación).
- Maxwell, J. (1988). "Los nahuas pipiles, pueblo clandestino", en *Trace*, Núm. 13, junio. CEMCA. México.
- Mayer, E. y Masferrer, E. (1979). "La población indígena de América Latina en 1978", en *América Indígena*, XXXIX, 2, abril-junio. México.
- Meléndez, C. y Duncan, Q. (1985). *El negro en Costa Rica*. 9a. ed. Ed. Costa Rica, San José.
- Montes, S. (1988). "¿Es El Salvador una nación sin indios?", en *Trace*, Núm. 13, junio. CEMCA. México.
- Nuhn, H. et al. (1975). *Zentralamerika; Karten zur Bevölkerungs- und Wirtschaftsstruktur*. Wirtschaftsgeographische Abteilung. Hamburg.
- Rosenblat, A. (1954). *La población indígena y el mestizaje en América*. Nova. Buenos Aires.
- Turpana, A. (1987). "Panamá: Lengua y sociedad", en *América Indígena*, XLVII, 4, octubre-diciembre. México.
- Vilas, C. (1992). *Estado, clase y etnicidad. La Costa Atlántica de Nicaragua*. FCE. México.